

EL FIN DEL MUNDO./"Mercurio", New Orleans, E. U. de América, diciembre 1911/

HACE tiempo ya que nadie habla sino de conflictos internacionales y de amenazas de conflagración bélica europea. Es una atmósfera cargada de belicosidad epidémica infecciosa. Los respectivos patriotismos adoptan formas de regresión atávica, de barbarie, y hay quienes profetizan grandes males para la causa común de la cultura europea, es decir, cristiana. Otros, en cambio, estiman que es la guerra el primer factor cultural.

Y con esta exacerbada barbarie de la internacionalidad se exagera también la barbarie del internacionalismo socialista. Los enemigos de la guerra apelan á la guerra para combatir por la paz. La llamada paz armada es la que provoca las huelgas que con el sabotage son perfectamente guerreras. Para guardar los pueblos sus caudales, el arca del fruto de su trabajo y del fruto además de sus rapiñas y depredaciones, construyen fortísimas cajas y las arman de un modo que la caja se lleva casi todo el caudal que debía guardar, quedándose poco menos que vacía. Hacen como aquel pobre que encontró un peso y lo empleó en comprar un portamonedas.

Ahora, mientras asistimos al repulsivo espectáculo de la disputa pre-bélica entre el usurero y el matón, es decir, entre Francia y Alemania, esgrimiendo la una su bolsa y la otra su garrote, Italia acaba de arrojar sobre Turquía y Turquía se dispone á arrojar sobre cualquiera otra presa.

Todas las bases de la moral, elaboradas lentamente en siglos de cristianismo que se dirige al hombre, al hombre individual y no á los pueblos, parecen subvertirse cuando se ponen en juego las muchedumbres, que como tales no han salido de la animalidad. La moral no es internacional.

Está bien, muy bien, predicar contra el egoísmo, que es la raíz del mal, pero la moralidad tiene su asiento en el individuo, en el hombre social sí,

pero no en la colectividad.

Las colectividades son cuando menos morales, de ordinario inmorales. El peor egoísmo es el egoísmo colectivo, el nostrismo, y por otra parte acaso no haya mejor antidoto al egoísmo que el egotismo.

La moral estriba en la relación de un hombre á otro hombre, de cada individuo á cada individuo. "Ama al prójimo como á tí mismo" se



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA



nos dijo, y no "ama á la humanidad" ó "ama á tu pueblo". Predicar amor á la humanidad, á este fantasma que llamamos así, es dar licencia de que se odie á cada pueblo en particular. El humanitarismo es lo más inhumano que se conoce.

Se dice que el Evangelio se fundó bajo la creencia en el próximo fin del mundo, y de aquí aquello de "dejad que los muertos entierren á sus muertos". Y fundado el Evangelio sobre esa creencia su acción salvadora se ejerció sobre cada alma individual, no sobre el pueblo. Al Cristo le crucificaron por mal patriota judío, porque los fariseos decían que con sus predicaciones provocaba el recelo de los romanos que habrían de borrar la nación judaica. El "dad al César lo que es de el César y á Dios lo que es de Dios" lo dijo el Cristo para justificar el que sus compatriotas, los judíos, pagasen tributo al pueblo invasor y conquistador que los oprimía. Y el "mi reino no es de este mundo" era la negación del patriotismo agresivo.

Y tenía razón el Evangelio al predicar su buena nueva bajo el supuesto del próximo fin del mundo. El fin del mundo está muy próximo para cada uno de nosotros los mortales. Mas como los pueblos permanecen aunque los individuos mueran, y aquellos, los pueblos, conservan una ilusión de inmortalidad sobre la tierra, de aquí la barbarie colectiva, de aquí que la moralidad cristiana individual, fundada en el santo temor á la muerte y

en la salvadora esperanza de otra vida ultraterrena se convierta en inmoralidad cuando se traspasa á los pueblos que no quieren creer en su muerte y menos en su otra vida. El reino de Dios, que es el reino del hombre individual, no es de este mundo, pero el reino de un pueblo no es más que de este mundo.

Y todo el origen de esta no rendida y siempre renaciente barbarie internacional está en el supuesto mismo de esta tan cacareada cultura europea, que tal como hoy se la define y siente no es sino la continuación de la re-paganización que comenzó en el llamado Renacimiento.

El fondo último del Renacimiento fué la neutralización del gran anhelo que es base de la moral cristiana, fué el combate contra la creencia en la inmortalidad del alma. Y toda la barbarie de la internacionalidad y de la paz armada, así como toda la barbarie del internacionalismo pseudo-pacifista estriba en el desconocimiento, ó mejor dicho, en la aversión al gran problema, al único problema, al problema del porvenir después de la muerte, de la conciencia personal. Para los pueblos en cuanto pueblos, los individuos son del todo inmortales. Y como las moscas en un mosquero cada uno trata de salvarse trepando sobre el cadáver del vecino. Cada cual vive de la muerte de los otros, no de su vida.

Nadie sabe bien qué es lo que se propone esto que llaman la cultura europea, como no sea que los hombres todos vayan pereciendo al pie de grandes fábricas, de espléndidos museos, de soberbios edifi-





cios, de vastas bibliotecas, y que un día la tierra, convertida en inmenso relicario de civilizaciones, se pasee solitaria por los espacios sin espíritu alguno conciente que la habite y llevando sus fábricas en que nadie trabaje, sus cuadros y estatuas que nadie contemple, sus edificios en que nadie habite y sus libros que nadie lea. Y sobre todo sus grandes Bancos, repletos de oro, con que nadie compre nada. Habrán acaso realizado, como dicen los pedantes definidores de la llamada cultura europea moderna, la verdad, la bondad y la belleza en la ciencia, la moral y el arte; pero, para quién? para qué? verdad, de qué? bondad, para quién? y belleza, para quién también? y riqueza, para qué?

El oro! El oro es el símbolo de la vacuidad inmoral de la moderna cultura neo-pagana. El culto

del oro, el mamonismo, la avaricia en fin, no consiste sino en tomar por fin el medio, y esta subversión de los fines por los medios es el gran pecado original que nos trae los males todos. Lo que suele hoy llamarse progreso es un progreso en los medios á expensas casi siempre de los fines.

Y el fin supremo humano está y no puede menos que estar en el hombre individual, personal y concreto, en cada hombre, en tí, lector, que lees esto, en mí, en aquel otro á quien puedes tocar y oír y hablar. Y ó ese hombre, tú, yo, este otro, tiene su fin último ultra-mundano ó esto no es sino una lúgubre procesión de fantasmas que salen de la nada para ir á la nada y la historia humana la más horrenda tragedia que se puede conocer.

Pero de esto no se quiere oír, para darle una ú otra solución y por no oír eso que á todas horas nos está diciendo la conciencia metemos ruido y nos aturdimos. Y los más de los deportes, entre los que incluyo á la guerra, á la política, al arte, á la ciencia y hasta á esa moral que se dice no cristiana—es decir, que no toma en cuenta el próximo fin del mundo—no son más que diferentes formas de morfina para acallar el dolor de tener que morir, para borrar el hecho capital de la civilización moderna neo-pagana; la desesperación íntima.

Por no querer ser desesperados, concientemente desesperados y buscar en la desesperación misma motivos de esperanza, por no querer hacer razón y resorte de la vida ese trágico combate entre el corazón y la cabeza, entre la fé y la ciencia, por no querer encarar nuestra propia íntima realidad de conciencia damos en morfínomanos. Y es morfínomanía la política, y lo es la ciencia, y lo es el arte, y lo es la guerra, y por no luchar cada uno consigo mismo y como Jacob con Dios preguntándole su nombre, luchamos unos con otros.

Al fin y al cabo aquella tan calumniada edad media, á la que en una nueva y más alta forma tendrá que volver á restaurarse el género humano era una edad en su base última mucho más humana que la nuestra. Tenía más en cuenta al hombre personal, individual y concreto, y estaba penetrada de la suprema verdad, de la verdad salvadora, de la verdad del siempre próximo fin del mundo. Y en cuanto á sus males no creo que la acedia del claustro fuese peor que el asco del Parlamento.

Salamanca, Noviembre de 1911.



# EL FIN DEL MUNDO

POR

MIGUEL DE UNAMUNO



Rector de la Universidad de Salamanca

**H**ACE tiempo ya que nadie habla sino de conflictos internacionales y de amenazas de conflagración bélica europea. Es una atmósfera cargada de bellicosidad epidémica infecciosa. Los respectivos patriotismos adoptan formas de regresión atávica, de barbarie, y hay quienes profetizan grandes males para la causa común de la cultura europea, es decir, cristiana. Otros, en cambio, estiman que es la guerra el primer factor cultural.

Y con esta exacerbada barbarie de la internacionalidad se exagera también la barbarie del internacionalismo socialista. Los enemigos de la guerra apelan á la guerra para combatir por la paz. La llamada paz armada es la que provoca las huelgas que con el **sabotage** son perfectamente guerreras. Para guardar los pueblos sus caudales, el arca del fruto de su trabajo y del fruto además de sus rapiñas y depredaciones, construyen fortísimas cajas y las arman de un modo que la caja se lleva casi todo el caudal que debía guardar, quedándose poco menos que vacía. Hacen como aquel pobre que encontró un peso y lo empleó en comprar un portamonedas.

Ahora, mientras asistimos al repulsivo espectáculo de la disputa pre-bélica entre el usurero y el matón, es decir, entre Francia y Alemania, esgrimiendo la una su bolsa y la otra su garrote, Italia acaba de arrojar sobre Turquía y Turquía se dispone á arrojar sobre cualquiera otra presa.

Todas las bases de la moral, elaboradas lentamente en siglos de cristianismo que se dirige al hombre, al hombre individual y no á los pueblos, parecen subvertirse cuando se ponen en juego las muchedumbres, que como tales no han salido de la animalidad. La moral no es internacional.

Está bien, muy bien, predicar contra el egoísmo, que es la raíz del mal, pero la moralidad tiene su asiento en el individuo, en el hombre social sí,

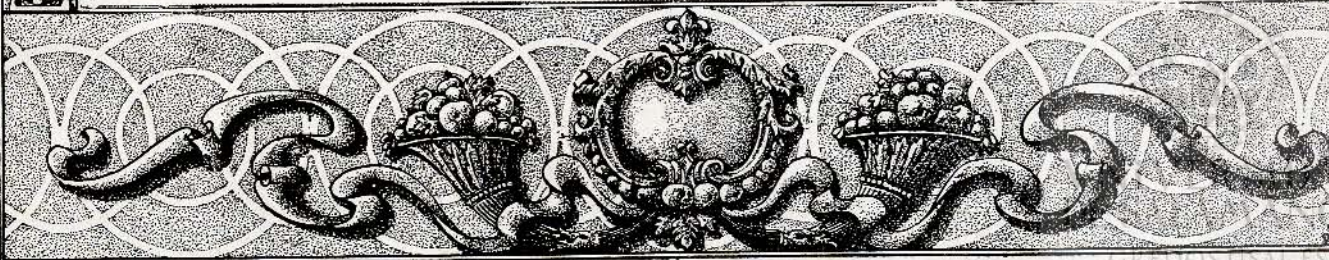


pero no en la colectividad. Las colectividades son cuando menos morales, de ordinario inmorales. El peor egoísmo es el egoísmo colectivo, el **nostrismo**, y por otra parte acaso no haya mejor antídoto al egoísmo que el egotismo.

La moral estriba en la relación de un hombre á otro hombre, de cada individuo á cada individuo. "Ama al prójimo como á tí mismo" se nos dijo, y no "ama á la humanidad" ó "ama á tu pueblo". Predicar amor á la humanidad, á este fantasma que llamamos así, es dar licencia de que se odie á cada pueblo en particular. El humanitarismo es lo más inhumano que se conoce.

Se dice que el Evangelio se fundó bajo la evención en el próximo fin del mundo, y de aquí aquello de "dejad que los muertos entieren á sus muertos". Y fundado el Evangelio sobre esa creencia su acción salvadora se ejerció sobre cada alma individual, no sobre el pueblo. Al Cristo le crucificaron por mal patriota judío, porque los fariseos decían que con sus predicaciones provocaba el recelo de los romanos que habrían de borrar la nación judaica. El "dad al César lo que es de el César y á Dios lo que es de Dios" lo dijo el Cristo para justificar el que sus compatriotas, los judíos, pagasen tributo al pueblo invasor y conquistador que los oprimía. Y el "mi reino no es de este mundo" era la negación del patriotismo agresivo.

Y tenía razón el Evangelio al predicar su buena nueva bajo el supuesto del próximo fin del mundo. El fin del mundo está muy próximo para cada uno de nosotros los mortales. Mas como los pueblos permanecen aunque los individuos mueran, y aquellos, los pueblos, conservan una ilusión de inmortalidad sobre la tierra, de aquí la barbarie colectiva, de aquí que la moralidad cristiana individual, fundada en el santo temor á la muerte y



99  
en la salvadora esperanza de otra vida ultraterrena se convertiría en inmoralidad cuando se traspasa á los pueblos que no quieren creer en su muerte y menos en su otra vida. El reino de Dios, que es el reino del hombre individual, no es de este mundo, pero el reino de un pueblo no es más que de este mundo.

Y todo el origen de esta no rendida y siempre renaciente barbarie internacional está en el presupuesto mismo de esta tan cacareada cultura europea, que tal como hoy se la define y siente no es sino la continuación de la re-paganización que comenzó en el llamado Renacimiento.

El fondo último del Renacimiento fué la neutralización del gran anhelo que es base de la moral cristiana. Finé el combate contra la creencia en la inmortalidad del alma. Y toda la barbarie de la internacionalidad y de la paz armada, así como toda la barbarie del internacionalismo pseudo-pacifista estriba en el desconocimiento, ó mejor dicho, en la aversión al gran problema, al único problema, al problema del porvenir después de la muerte, de la conciencia personal. Para los pueblos en cuanto pueblos, los individuos son del todo inmortales. Y como las moscas en un mosquero cada uno trata de salvarse trepando sobre el cadáver del vecino. Cada cual vive de la muerte de los otros, no de su vida.

Nadie sabe bien qué es lo que se propone esto que llaman la cultura europea, como no sea que los hombres todos vayan pereciendo al pie de grandes fábricas, de espléndidos museos, de soberbios edificios, de vastas bibliotecas, y que un día la tierra, convertida en inmenso relicario de civilizaciones, se pasee solitaria por los espacios sin espíritu alguno conciente que la habite y llevando sus fábricas en que nadie trabaje, sus cuadros y estatuas que nadie contemple, sus edificios en que nadie habite y sus libros que nadie lea. Y sobre todo sus grandes Bancos, repletos de oro, con que nadie compre nada. Habrán acaso realizado, como dicen los pedantes definidores de la llamada cultura europea moderna, la verdad, la bondad y la belleza en la ciencia, la moral y el arte; pero, para quién? para qué? verdad, de qué? bondad, para quién? y belleza, para quién también? y riqueza, para qué?

El oro! El oro es el símbolo de la vacuidad inmoral de la moderna cultura neo-pagana. El culto

del oro, el mamonismo, la avaricia en fin, no consiste sino en tomar por fin el medio, y esta subversión de los fines por los medios es el gran pecado original que nos trae los males todos. Lo que suele hoy llamarse progreso es un progreso en los medios á expensas casi siempre de los fines.

Y el fin supremo humano está y no puede menos que estar en el hombre individual, personal y concreto, en cada hombre, en tí, lector, que lees esto, en mí, en aquel otro á quien puedes tocar y oír y hablar. Y ó ese hombre, tú, yo, este otro, tiene su fin último ultra-mundano ó esto no es sino una lúgubre procesión de fantasmas que salen de la nada para ir á la nada y la historia humana la más horrenda tragedia que se puede conocer.

Pero de esto no se quiere oír, para darle una ú otra solución y por no oír eso que á todas horas nos está diciendo la conciencia metemos ruido y nos aturdimos. Y los más de los deportes, entre los que incluyo á la guerra, á la política, al arte, á la ciencia y hasta á esa moral que se dice no cristiana—es decir, que no toma en cuenta el próximo fin del mundo—no son más que diferentes formas de morfina para acallar el dolor de tener que morir, para borrar el hecho capital de la civilización moderna neo-pagana; la desesperación íntima.

Por no querer ser desesperados, concientemente desesperados y buscar en la desesperación misma motivos de esperanza, por no querer hacer razón y resorté de la vida ese trágico combate entre el corazón y la cabeza, entre la fé y la ciencia, por no querer encerrar nuestra propia íntima realidad de conciencia damos en morfínomanos. Y es morfínomanía la política, y lo es la ciencia, y lo es el arte, y lo es la guerra, y por no luchar cada uno consigo mismo y como Jacob con Dios preguntándole su nombre, luchamos unos con otros.

Al fin y al cabo aquella tan calumniada edad media, á la que en una nueva y más alta forma tendrá que volver á restaurarse el género humano era una edad en su base última mucho más humana que la nuestra. Tenía más en cuenta al hombre personal, individual y concreto, y estaba penetrada de la suprema verdad, de la verdad salvadora, de la verdad del siempre próximo fin del mundo. Y en cuanto á sus males no creo que la acedia del claustro fuese peor que el asco del Parlamento.

Salamanca, Noviembre de 1911.

*El presente artículo del docto Rector de la Universidad de Salamanca es el primero de la serie que en nuestro número anterior anunciamos y que bajo el título "El Fin del Mundo" está escribiendo para esta Revista don Miguel de Unamuno.*

*El gran problema, el pavoroso problema de la conciencia personal surge de nuevo á la mente al rasgar de la pluma del gran sociólogo como la sangre negra al seguro cortar del bisturí experto.*

*Dado el interés que forzosamente despertarán estos artículos en la opinión pública hemos creído de nuestro deber anunciarlos al lector.*

El Editor.

